



<p>SE PUBLICA</p> <p>UN CUADERNO SEMANAL.</p> <p>PRECIO, UN REAL al recibir el número.</p> <p>AÑO I.</p>	<p>COLABORADORES.</p> <p>CASTELAR, BÀRCIA, ORENSE, PÍ Y MAROALL, FIGUERAS, SUÑER, GARRIDO, ROBERT, SANCHEZ PEREZ, JOARITTI, CALA, CORDOVA, SANCHEZ RUBIO, PRU-WEIDA, ALTADILL, ZAPATA, TRINERNA, ESTÉVANEZ, SOLER, MERCADO, LOZANO, BASTARÉ, ANER, VALDÉS, FLORES, LAFUENTE, MINGUET, SIERRA, COLL, PINEDO, ALMIRALL, RUBAU, LOSTAU, CLAYÉ, RINFA, CARRION, ETC.</p> <p>DIRECTOR,</p> <p>Enrique Rodríguez Solís.</p> <p>MADRID 30 DE JULIO DE 1871.</p>	<p>EDITORES</p> <p>J. CASTRO Y COMPAÑIA.</p> <p>ADMINISTRACION: Plaza de la Cebada, 11, Madrid.</p> <p>NÚM. 7.º</p>
--	--	---

SUMARIO.

TEXTO.—La blusa de color de café, por Roque Bárcia.—Las Sociedades cooperativas y sus progresos, por Fernando Garrido.—Del sueño á la realidad, por J. A. Sierra.—Cartas de París, por R. de Cala.—Miscelánea agrícola, por Nazario de Joss.—Leon Gambetta, por José Genaro Monti.—Ciudad de Canton (China).—La cantinera republicana (novela).—Revista general, por E. Rodríguez Solís.

GRABADOS.—Ciudad de Canton (China).—Arco y plaza del Triunfo de Canton.—Leon Gambetta.

LA BLUSA DE COLOR DE CAFÉ.

V.

Dios habla siempre.

El cautivo hace un grande esfuerzo, se levanta, se fija en la nave que viene y queda estático cerca del bordo.

El monstruo marino, aquella aparicion descomunal, aquella nueva brújula, aquella nueva imprenta, aquella nueva Biblia, aquel nuevo mundo, AQUEL NUEVO HOMBRE pasaria, dentro de un instante, á dos varas del buque en que iba el cautivo.

Aquel hombre paladeaba maquinalmente, y parecia que procuraba hacer grandes aspiraciones, como si hubiese algo que le impidiera respirar.

¡Era que el corazon se le subia á la garganta!

¡Oh días de Bolonia! ¡Si pudiérais volver!

¡Oh Estrecho de la Mancha! ¡Si los días pasados pudiesen tornarl!

El monstruo llega; el monstruo se incorpora; el monstruo pasa.

¿Qué sucede en el alma del cautivo?

Dos lo saben: el cautivo y el cielo.

Un hombre, cuyos ojos están inflamados, mira al monstruo marino que navega hácia Europa. En efecto, va contra el viento; va contra la corriente; y no lleva remo, ni vela, ni cable, ni palo. ¿Qué fuerza le conduce? ¿Qué soplo le anima? ¿Qué vida le mueve? ¿Qué misterio le ha dado sus alas?

Al pasar el buque misterioso, una bocina grita de este lado: «¿De dónde?»

Y del otro lado grita otra bocina: «De América.»

Junto al timon del buque incomprensible, pegado á él, aparecia un hombre con la cabeza destocada; de traje humilde; de aire modesto; de frente erguida; de mirada extensa, como el mar; de pensamiento grande, como el monstruo que lo conduce: aparece un hombre, un trabajador, un obrero, un pobre menestral de ayer, un esclavo del día anterior, un rey de hoy, el rey de los reyes de mañana: aparece un hombre tranquilo, sereno, firme, inmóvil como la estatua de la Perseverancia y de la Conciencia: aquel hombre movió la mano saludando al buque en que iba el cautivo.

Tal vez lo vió aturrido y horrorizado sobre la obra muerta. Parecia que intentaba decirle: «¡Héroe de Bolonia, acuérdete... y adios!»

Aquel hombre llevaba una blusa de color de café.
En la popa del buque misterioso, entre dos magníficas matronas doradas, hay una plancha de metal en que está impreso el nombre del sábio inventor. En lugar de aquel nombre feliz debieron escribir seis letras: EL LOCO.

¡Cuán verdad es que el cielo castiga sin palo ni piedra!

—¿Cuáles es vuestro nombre? preguntó el personaje de Bolonia al desconocido.

—La historia os lo dirá; y si la historia no os lo dice, os lo dirá Dios, contestaba un pobre.

El pobre acertaba: Dios se lo acaba de decir: Dios acaba de hablar.

¡No siempre se oye; pero Dios habla siempre!

VI.

Cautivo y penitente.

El capitán llama al cautivo, lo baja á su cámara, quedan solos y le pregunta:

—¿Qué dolor os aflige?

—¡Ah! No me digais nada. Soy el hombre más desgraciado, el más criminal y despreciable de toda la tierra.

—Pero...

—¡Oídmel! Yo creo recordar que estando en Bolonia, á orillas del Estrecho de la Mancha, oyendo las olas de aquel mar, se me presentó un desconocido.

—¿Quién era?

—Dios lo sabe; la historia lo dirá; la historia lo ha dicho. Una nave que viene de América, una nave que tal vez pasó por aquí, es la palabra de la historia.

—¿Qué os traía el desconocido?

—Me traía la llave del Estrecho; me traía la llave del mar de la Mancha; me traía la llave de las playas inglesas, de vuestras playas; me traía el sueño de mi ambición.

¿Habeis preguntado qué me traía? Me traía un génio, una inspiración, una diablura, que surca el mar contra viento y marea, sin ayuda de vela, ni remo, ni palo ni cable.

Me traía un milagro que dice: «no hay torbellinos, no hay tempestades, no hay Océano.»

Me traía el mundo; me traía la tierra; me traía la humanidad.

—Y ¿vuestra Majestad, señor...?

—No me llameis así: yo no soy señor, ni Majestad; yo soy un miserable; yo no quise nada; yo llamé loco á un pobre que me regalaba todo un género humano.

—¿En dónde está ese pobre?

—Es el monstruo que acaba de pasar; es esa América; ES ESE LOCO.

El cautivo volvió á cubrirse el rostro y gritaba llorando: «¡Waterlói! ¡María Antonieta! ¡Josefina!»

Un acento interior y profundo contestaba: «¡Sepulcros de un muerto! ¡Losas de un sepulcro!»

Y otra voz decía: «¡Sigue adelante!»

—Pero ¿á dónde me llevas?

—¡Sigue! No comprendiste á un génio, y el Destino te manda seguir.

VII.

Los dos cautivos.

El buque se detiene; la tripulación echa el áncora; han llegado al fin del viaje.

Tienen delante una isla desierta, cercada de mar y de roca.

Dos hombres saltan: el encarcelado y el prisionero: el tirano antiguo y el nuevo tirano: el verdugo de ayer y el verdugo de hoy.

Francia é Inglaterra se pagaron en aquella hora; y esas horas no faltan jamás en la vida de las naciones.

El cautivo mostró deseos de quedarse solo; subió á una colina; arrojó un grito; esperaba acaso que le oyera Europa; pero nadie le oía ya.

Las rocas no oyen; el mar es sordo. Aquel hombre rugía como un león.

Un día se sentó junto á un peñasco, miró las olas, miró las rocas que le cercaban, miró aquella jaula de agua y de piedra, murmuró palabras que no se entendían, y sacó un papel.

Luego sacó un lápiz.

El cautivo pensó largo tiempo, movió el lápiz sobre el papel, y escribió las siguientes palabras: *O republicanos ó cosacos.*

Después de escribir estas líneas se quedó dormido. Hace mucho tiempo que no duerme con tanto reposo. Es indudable que aquella escritura alivió á su alma de un peso enorme.

Por detrás de la roca en que dormía asoma una figura indescriptible.

No se sabe si es hombre ó mujer.

No se sabe cuál es su patria.

No se sabe cuál es su lengua.

Corre como el viento.

Exhala aromas como el lirio.

Alumbra como el sol.

Tiene algo de los oráculos, de las Sibilas y de los apóstoles.

Tiene algo también de Abraham, de Moisés, de Buddha, de Confucio, de Sócrates, de Mahoma y de Cristo.

Se llega al que duerme; le coge el papel de la mano, lee y se aflige.

¿Por qué se aflige?

¡Ay! ¡Qué historia tan larga! ¡Qué lección tan terrible!

Aquella figura cambia de aspecto, muda de sustancia, de contorno, de color y de forma: se agita como un águila; sacude las alas como un ángel; se remonta sobre el Océano; ve á lo lejos el Etna; se posa sobre el Himalaya; atraviesa los Andes y escribe en el aire estos vocablos: «Estados-Unidos de Europa, Estados-Unidos de América, Estados-Unidos del globo: República humana y universal.»

¿Quién es esa figura que vive en todo el mundo?

Es el espíritu de todos los seres, un arcano de todas las razas, una caridad de todas las edades, un suspiro de todos los pueblos.

¿Quién es? Es el mártir de todos los mártires, el testigo de todos los testigos, el dolor de todos los dolores.

¿Quién es? Es un desconocido, un monstruo del mar, un loco del Estrecho de la Mancha.

¿Quién es? Es ese loco, el cautivo grande que arranca un papel al cautivo pequeño.

VIII.

Resúmen.

El personaje de Bolonia es Bonaparte.

La batalla es Waterloo.

El loco es Fúltón.

El buque inglés es el Belerofonte.

El monstruo marino es el primer vapor, venido de la gran República americana.

La isla es Santa Elena.

El cautivo pequeño es Napoleón.

El cautivo grande es EL HOMERRE.

De Bolonia, á Waterloo: de Waterloo, al interior del carruaje: del interior del carruaje, á un buque inglés: del buque, á una isla: de la isla, al sepulcro: del sepulcro de tierra, al eterno sepulcro de la conciencia humana, que es la huesa sin fondo en donde cae todo tirano.

Dicen que no hay Dios y que no hay historia.

¡Miente quien tal diga! Hay historia y hay Dios.

Y Dios es justo, y la historia es inexorable.

Un loco es más que un héroe.

Un loco es más que un rey.

El pobre Fúltón es mucho más que el emperador Bonaparte.

Dios habló ayer; Dios habla hoy; Dios hablará mañana.

¡Temblad, tiranos de la tierra! DIOS HABLA SIEMPRE, en todas lenguas, de todos modos, en todas partes, bajo todas formas, á veces por medio de una blusa, aun cuando esa blusa no tenga color.

Conclusion.

Fúltón salta en Europa, sus labios se imprimen sobre la tierra, sus ojos lloran otra vez, cae en los brazos de dos mujeres, y su alma se funde en un alma inmensa, un alma bajada del cielo, que llama el mundo LA FAMILIA.

Aquella familia conservó siempre un rico tesoro: *La blusa de color de café.*

ROQUE BÀNCIA.

LAS SOCIEDADES COOPERATIVAS

Y SUS PROGRESOS.

IV.

La antigua organización del trabajo por artes y oficios, cuyo origen remonta al primer período de la Edad media y á la fundación de los fueros comunales, ha conservado en Alemania su prestigio entre las clases trabajadoras hasta nuestros días. La libertad del trabajo, que en las naciones meridionales y occidentales hizo su camino, lo mismo en la esfera de la teoría que en la de la práctica, en el primer tercio de nuestro siglo, era todavía condenada por los trabajadores alemanes hace

pocos años, en sus congresos, de la manera más enérgica y ruda.

Pais de tradición y de jerarquía, la Alemania ha conservado en gran parte hasta nuestros días las viejas organizaciones privilegiadas de las artes y oficios, con todas sus trabas perjudiciales al trabajo y al trabajador; pero en cambio esta corporización de las clases trabajadoras ha facilitado la creación de las asociaciones obreras, especialmente entre los artesanos que, asociados ya en cierto modo con su sistema de gremios han aunado sus intereses, así para asociaciones de crédito como para otras, cuyo objeto ha sido comprar al por mayor las primeras materias y repartírselas á prorrata de sus pedidos.

Aunque la cooperación se ha aplicado en Alemania bajo todas sus formas, y la han aplicado los obreros de aquel país á todas sus necesidades, las asociaciones de crédito popular han sido las que más se han generalizado. Su iniciador y director fué Mr. Schulze Dellitzsch, que fundó en su pueblo en 1850 el primer Banco popular, con tal éxito, que el número de estas asociaciones diez y ocho años despues ascendia á 1.500

Segun los datos mandados á la Agencia central establecida en Berlin por 570 de estos Bancos en 1869, resultaba que en el año anterior contaban con 219.358 sócios, que habian obtenido crédito por valor de reales 760.000.000, y cuyas acciones se elevaban á un valor de 46.450.000, y á más de 4.000.000 el fondo de reserva.

Aunque los 625 Bancos restantes no hubiesen adquirido el desarrollo que los 570 citados, no hay la menor exageración en suponer que pasaban de 1.000.000.000 de reales las cantidades prestadas á los trabajadores asociados por sus Sociedades de crédito en 1868.

Hé aquí la organización de estos Bancos de Crédito popular.

Los administradores de la Asociación se nombran en la asamblea general á pluralidad de votos.

Para conceder el crédito que solicite un sócio, se necesita la unanimidad de votos de la junta directiva.

A las asambleas generales de la Sociedad, que son frecuentes, no solo tienen derecho á asistir todos los sócios; tienen también los acreedores de la Asociación, derecho que estos no tienen en ninguna Sociedad de crédito de ningún país.

Para ser sócio se necesita:

1.° Residir en el pueblo ó distrito donde el Banco se establece, ser mayor de edad y tener buena reputación.

2.° Merecer á juicio de la junta administrativa un minimum de crédito de 200 rs.

3.° Ofrecer garantías para el pago de la cuota mensual.

El capital perteneciente á los sócios se divide en dos partes: fondo de reserva ó colectivo y capital personal de cada sócio. La primera parte, que no es divisible, podría llamarse el capital personal de la Asociación, y la segunda constituye la participación de cada individuo y le da el título de accionista del Banco.

El fondo de reserva sirve para pagar las pérdidas, y aumenta constantemente si hay beneficios, tanto por la parte de ellos que á él se consagra, como por la cuota de admisión que cada sócio paga y que se destina á este fondo.

En algunas Sociedades se consagran al fondo de re-

serva todos los beneficios del primer año, y el 20 ó el 25 por 100 de los siguientes hasta reunir la suma necesaria.

Este fondo no puede repartirse sino en caso de disolución de la sociedad, y esto se hace por partes iguales entre los socios, y no á prorata del capital impuesto por cada uno. La justicia de esta repartición consiste en que la responsabilidad de cada socio en las operaciones del Banco no es proporcional al capital que cada uno ha puesto, sino personal, comprometiéndose en ella, no solo lo que ha impuesto en el Banco, sino cuanto tenga y pueda tener fuera de él.

El capital de cada socio se va formando por el pago de cuotas mensuales, y además de servir para las operaciones de la Sociedad, sirve de garantía á los préstamos que esta hace al socio.

El pago de las cuotas mensuales es para el socio obligatorio; pero hay un minimum y un maximum, y puede pagar entre ambos lo que quiera ó pueda. Generalmente el minimum son 5 rs. y 500 el maximum; pero los hay tambien que elevan este á 1.600 reales.

Como el fondo de reserva no es divisible entre los socios sino cuando el Banco se liquide, estos tienen interés en pagar sus cuotas por no perder, retirándose, el derecho á una parte de este capital social.

Las ganancias y las pérdidas se reparten á prorata del capital impuesto.

Hasta ahora la regla general ha sido que estos Bancos han obtenido siempre ganancia, lo que ha influido de tal manera en el ánimo de los trabajadores, que dejan regularmente cuanto pueden de sus beneficios para aumentar su capital, con lo cual aumentan tambien las ganancias, por ser mayor el número de operaciones cuanto es mayor el capital.

Para simplificar la contabilidad no se admiten cuotas con fracciones, y no se reparten beneficios más que á las unidades.

Estos Bancos populares prestan sobre un simple recibo, sobre letras de cambio y sobre pagarés á la orden.

El Banco da á cada cliente una libreta, en la que el cajero inscribe las sumas que da y que recibe, teniendo así cada uno en su poder una copia de su cuenta corriente.

El término del descuento varía de tres á seis meses. El interés que cobra por estos anticipos ó descuentos es de 5 por 100 al año y una comisión que varía de un tercio ó un medio por ciento; y por el dinero depositado en su caja el Banco paga el 3 ó el 4 por 100.

Además del capital de sus socios, el Banco cuenta para sus operaciones con los depósitos y préstamos que puede adquirir gracias á su crédito.

Los directores del Banco, para conceder un préstamo ó anticipo á un socio, no solo deben tener en cuenta su salvabilidad, sino sus cualidades morales, su actividad en el trabajo y su sistema de vida. Como se ve, los directores, además de tener capacidad y honradez, deben conocer muy bien á sus consocios.

Cada socio puede tomar prestado del Banco con solo su firma una cantidad menor que la que ha desembolsado; pero si excede, se le exigen las firmas de otros socios, cuyos capitales sean suficiente garantía.

Estos Bancos se han organizado en federaciones regionales con un Banco central en Berlin, lo que ha multi-

plicado sus operaciones, su crédito y su beneficio, y en 1868 eran ya trece las federaciones regionales.

Hé aquí ahora un resumen de los progresos de estas asociaciones de crédito popular.

AÑOS.	ASOCIACIONES.	SOCIOS ó miembros.	CAPITAL colectivo. — Reales vellon.	VALOR de los negocios rea- lizados. — Reales vellon.
1850	1	"	"	"
1853	40	2.000	540.000	1.620.000
1860	250	60.000	63.000.000	286.000.000
1863	1.150	300.000	200.000.000	600.000.000
1869	1.525	480.000	360.000.000	950.000.000

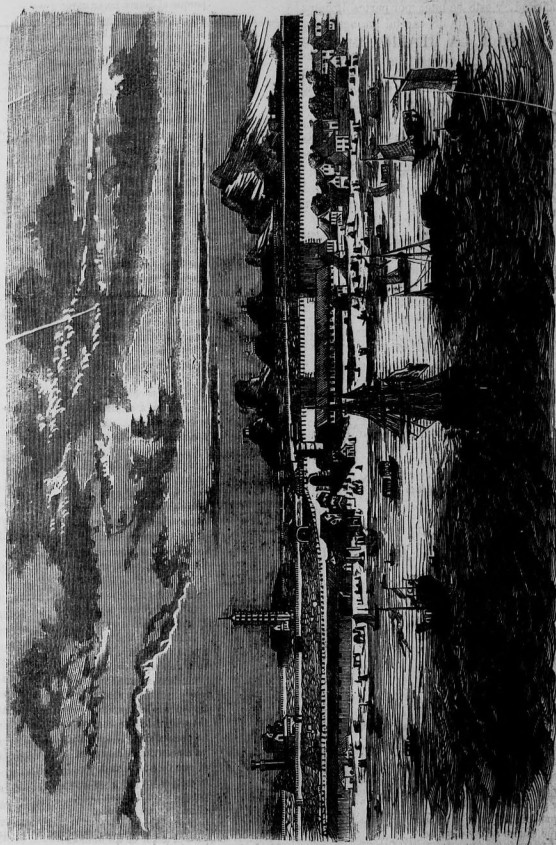
Pocos años más necesitan los artesanos, pequeños industriales y trabajadores alemanes para generalizar y absorber en sus asociaciones de crédito todos los negocios que se refieren á sus industrias respectivas; pero esta gran transformación económica, que convierte en sus propios banqueros á los artesanos de pueblos y ciudades, no ha podido hasta ahora pasar las fronteras de Alemania á pesar de que se han hecho ensayos del lado acá del Rhin, lo que revela en la población de aquel país una aptitud especial y una organización anterior de la clase artesana que han facilitado la consolidación y progresos de estas sociedades cooperativas de crédito.

Inglaterra, la gran maestra y rival de la Alemania en el movimiento cooperativo* de las clases trabajadoras, ha seguido, como ya hemos visto, distinto camino. Los trabajadores ingleses han creado miles de sociedades de consumo y sociedades de producción, muchas de ellas importantísimas, aunque en ménos número, estableciendo en todas como regla la compra y venta al contado, el no dar crédito á nadie, en tanto que los alemanes han fundado mayor número de sociedades de crédito que de producción y de consumo, y en todas han admitido el crédito como base.

Las asociaciones de consumo en Alemania han tomado gran incremento en los últimos años.

En 1863 solo habia en Alemania 66 asociaciones de consumo, y de ellas solo 16 mandaron sus cuentas á la Agencia central; en 1869 ya llegaban á 500 las asociaciones de este género; sus socios pasaban de 60.000 y habian realizado en el último año negocios por más de 120.000.000 de reales. Pero en Alemania ha tomado tambien gran incremento otro género de sociedades cooperativas, y son las de artesanos, que se asocian para comprar en comun y en gran escala las primeras materias que consumen, economizando de este modo los beneficios que á sus expensas realizan los almacenistas intermediarios entre el gran productor y el artesano.

Puesto que cada cosa tiene su razon de ser, es indudable que debe haber causas poderosas que hayan influido en la determinación del carácter del movimiento social en Inglaterra, donde las asociaciones de crédito popular no han sido aceptadas por los obreros; pero párecenos más importante y trascendente la fundación de sociedades cooperativas de consumo y de producción que de crédito, porque en definitiva estas asociaciones de crédito tienden á conservar el aislamiento de los productores y su concurrencia, cuando lo que se necesita es



CUIDAD DE CANTON (CHINA).

asociar las fuerzas productoras, lo mismo que las de los consumidores, para confederar despues unas con otras.

FERNANDO GARRIDO.

DEL SUEÑO A LA REALIDAD.

Anoche soñaba yo...
sueños de gloria y de júbilo,
lectores, que hoy á mi musa
prestan magnifico asunto:
sueños ¡ay! que realizades...
mas no, se quedó en preludios:
del sueño á la realidad
media un abismo profundo.
Llenos de fú y entusiasmo
contribuimos al triunfo
de la gloriosa, y su gloria
se dispó como el humo.
Ante el pueblo soberano,
hundióse un trono vetusto,
y aquel tronco carcomido,
que dió tan amargos frutos,
hoy de nuevo reverdece,
mas, como siempre, infecundo.

¡Moralidad y trabajo!
clamaban con grito agudo
farcantes que hoy nos insultan
con mal adquirido lujo.
Solo este mote campea
en su liberal escudo:
«la política, jamás
llegó á reñir con el lucro:»
pero hay lucros que presentan
carácteres pistonudos.
Peletes ayer descalzos,
sin camisa y sin un duro,
gastan coche, tienen fincas
sin heredar á un difunto,
á ménos que el muerto sea
el exhausto Erario público.
Pregonando libertades,
hoy son del pueblo verdugos:
como su ambicion les ciega,
han equivocado el rumbo
y van contra la corriente
con el más cínico orgullo,
acaparando riquezas
sin el más ligero escrúpulo.

Hay miserias tan honradas,
y talentos tan profundos,
y virtudes tan postizas,
y alegrías tan de luto,
y señores tan plebeyos,
y políticos tan bufos,
que dan lástima y vergüenza,
que causan asco y disgusto.

La honra de aquella España
debe estar, según presumo,
en casa del quita-manchas,
pues no la encuentro y la busco.
Puntos... de todos colores

por todas partes desrubro,
que á la sordina se arman
como verdaderos cucos.
Talla el banquero impasible,
porque el dinero no es suyo;
el día que le desbanquen
procura escurrir el bulto,
se pone en salvo, y despues...
despues que venga el diluvio.

La hacienda es yerto cadáver,
que permanece insepulto,
víctima del empirismo,
de doctores campanudos,
de insignes economistas
que despilfarraron mucho,
que nos dejaron *per istam*
con rimbombantes discursos,
y para eterna memoria
quedan los enjuagues turbios,
sin que el país sepa cómo
conjurar tan grave apuro;
que llegó ¡¡¡LA BANCAROTA!!!
el golpe *morrocotudo*.
Las Cortes, despues de tantos
conciliábulos nocturnos,
para tirar unos meses
dan al gobierno recursos,
y hay quien presume que ya
tienen arreglado el mundo.

Los curas comen... ó no,
pero toman secomasco,
y se mantienen... carlistas,
flamencos y molletudos;
los maestros, *estudiando*,
aunque ya pasan de alumnos,
ya son unos *profesores*
en la ciencia del *ayuno*.
Gobernador no se encuentra,
ni hace falta: lo deduzco,
porque los gobernadores
son ciegos ó sordo-mudos.
Los garitos... tapa, tapa,
pasan de... castaño oscuro,
prostitucion... como nunca;
esto (se le cuenta al Nuncio).
El contribuyente paga,
y si no de un modo brusco,
á punta... de bayoneta
se le cobran los consumos,
y las demás *socalifas*
que para gastos y gustos
imponen á la pobreza
las gentes de alto contorno.
La prensa sigue... *tan libre*,
ya nos envidian los rusos;
el que dice la verdad
se encuentra con el gran susto,
porque le sueltan un mito;
el mito da un *apabullo*,
y con él un pasaporte
para el mejor de los mundos.

El crédito está al nivel
del gran Mogol y el Calmuco;
el dinero por las nubes,
los españoles desnudos,
todos los ministeriales

conjugando el verbo *chupo* en plural y en singular, de presente y de futuro, hasta que les llegue el *cese*, que á todos llega su turno. La Borbon se reconcilia; perdona á Cain segundo la célebre *topetada*; de nuevo toman el pulso á la con... ó sin... y quieren sacarla otra vez el jugo. Dicen que tienen dinero, empréstitos y recursos, y gente de *faja y pincho*, y que se armará el tumulto; que esto se irá y vendrá *aquello*; los ambiciosos é intrusos, una vez más á la patria pretenden cubrir de luto; vienen buscando tesoros y ya no quedan mendrugos. Es muy triste confesarlo, es vergonzoso, muy duro; pero la *equidad* ordena dar á cada cual lo suyo. *Del sueño á la realidad...*
¡Ojo al Cristo, que está oscuro!

J. A. SIERRA.

CARTAS DE PARIS.

Mi querido Solís: Dos veces antes de ahora he estado en Paris.

La primera (hace ya muchos años) pasé por la gran ciudad como una exhalación.

Hacia un viaje de placer de pocos días, y apenas tenía tiempo para registrar rápidamente las curiosidades que encierra y participar un momento de sus distracciones y placeres.

Esta primera visita me dejó un recuerdo misterioso de los lugares, parecido á la impresion que causan los objetos vistos al través de cristales de colores y alumbrados por el crepúsculo de la mañana.

Pasado mucho tiempo, vine á Paris segunda vez, arrojado de mi patria por la tiranía de los Borbones.

Con la carga de mil disgustos, recorrí incansable durante los primeros meses las calles y plazas de la gran capital, queriendo deslumbrar mis penas con el resplandor de sus lujosas decoraciones; pero la mirada del proscrito es siempre triste, y nebulosos parecen los días más serenos de la emigración.

Incrustado en el revuelto torbellino de Paris, salíame de él, sin embargo, con el corazón y con el pensamiento, y me trasladaba al humilde rincón de España donde vivían mis hijos pequeñuelos y mi madre anciana y achacosa; y con las tristezas dulces de estas ficciones pasaba los días en el letargo insensible que formaba la esperanza de otros más dichosos.

Más tarde se reunió conmigo mi familia, y desde entonces pasó una vida apacible y sin penalidades.

Habitaba fuera del recinto de la ciudad, en una pequeña casa llamada la *Casa-roja*, entre el Sena y las

fortificaciones, con jardines, donde yo mismo cultivaba las flores.

Tenía por una parte, y á pocos metros de distancia, las verjas del delicioso bosque de Boulogne, y por otra, y á una distancia menor todavía, el río, que se desliza callado al pié de las colinas de Saint-Cloud, casi á la sombra de los frondosos árboles del Parque.

Cerca de un año disfruté allí de una existencia sosegada. ¡Cuántas vicisitudes después! ¡Cuántas ilusiones desvanecidas!

Los hombres mismos que están hoy en el gobierno martirizando á mi patria con el despotismo más descarado y cruel, vivían entonces cerca de mí, también proscritos y desgraciados.

¡Cuán diferentes sus palabras de entonces de sus hechos de ahora! Entonces se decían demócratas y hoy son tiranos empedernidos.

Mi primera visita cuando me he encontrado ahora en Paris, ha sido para las cercanías de Saint-Cloud, atraído por el doble interés de encontrarme en los lugares donde he vivido y registrar uno de los teatros en que se han representado los dramas más interesantes del primer sitio de Paris.

Llegué á Boulogne-Sur-Seine. La *Casita-roja* estaba allí lo mismo que yo la había dejado, con sus paredes limpias y coloradas, alegre enmedio de los árboles del jardín; estaban allí los rosales mismos que yo había regado, los céspedes blandos que se tupían al pié de los guindos y avellanos, y donde mis hijos volteaban en sus juegos.

Fui al parque de Saint-Cloud y recorrí sus tortuosas sendas y sus alamedas sombrías. Culebreando por la revuelta pendiente entre arbustos consumidos, árboles derribados que clavan en el suelo sus astillas y pisando yerba aplastada se llega á la que fué población de Saint-Cloud y hoy es un montón de simétricas ruinas.

No hay desolación que pueda compararse con la que se siente á la vista de una ciudad sin habitantes y con sus viviendas todas destruidas. Jamás había yo visto un espectáculo semejante; los muros que aun quedan en pié surcados por blancas grietas, parece que se sostienen por un momento para protestar contra la barbarie que les ha derribado.

El silencio es tan profundo, que se asemeja al que sigue fuertemente y por intervalos al bramido del huracán en una deshecha borrasca, y tan angustioso, que figura, aun en la misma ausencia absoluta de sonidos, profundidades que no distingue el oído, pero que mide el corazón desconsolado.

A un extremo de Saint-Cloud están los escombros del antiguo palacio de los reyes y de los césares de Francia.

Nada ha quedado en pié. Todo lo han destruido las bombas francesas del Monte Valeriano y la piqueta prusiana.

Los calcinados muros que aun se sostienen están cubiertos de inscripciones, escritas en desorden por anónimos desesperados. En una pared se destaca aun un rostro dorado entre dos pilastras jónicas, como si hubiera quedado allí para leer las inscripciones.

Copiemos al acaso algunas de estas:

«Francés, si tienes corazón, esto te pide venganza; ¡viva la República!»

«La Francia tendrá su desquite.»

«Que todo francés mire.»

«Pobre Francia, empobrecida por los cobardes que te han incendiado!»

«La Francia será vengada.»

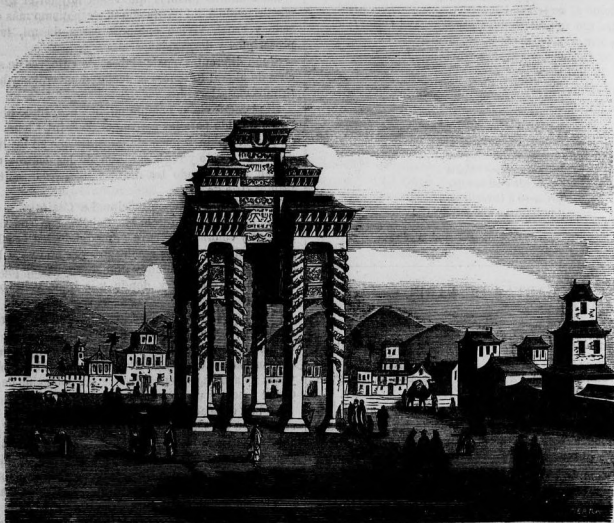
«Tiempo es de manifestarse sábios: el dedo de Dios está aquí.»

Y debajo otra mano convulsiva había escrito:

«¡La garra del diablo!»

Innumerables son los letreros semejantes expresando la concentracion de un odio profundo.

En torno al palacio es igual el estrago: estatuas decapitadas, jarrones rotos, balaustradas destruidas. Pero lo que más llamó mi atención fueron unos arbolitos recortados y comprimidos en macetones, que estaban todos muertos de raquitismo. ¡Qué extravagancia! Estos míseros arbolillos palaciegos me parecían los antiguos bufones jibosos, que vivían como adornos en las cáma-



ARCO Y PLAZA DEL TRIUNFO DE CANTON.

ras de los reyes. Secos los tenían delante no más que por haberles faltado el riego.

Cadáveres sin heridas, repugnancia daban, más bien que compasión, cuando se les comparaba con los derribados en el parque, como colosos no vencidos, que parecían defenderse aun con sus astillas punzantes después de muertos.

Pero abandonemos este punto, mi querido amigo, para hablar del estado de la política francesa.

El imperio, rebajando con su inmoralidad el sentimiento de todos los partidos, había al mismo tiempo también amortiguado su entereza, y ninguno luchaba con el esfuerzo que comunica la esperanza de un inmediato triunfo. El imperio estaba gangrenado, su repre-

sentacion personal moribunda, y los partidos políticos veían que cuando sobreviniera la muerte del enfermo Bonaparte, la máquina imperial quedaba desbaratada por sí sola; y como este suceso no podía retardarse mucho tiempo, todos los partidos creían más conveniente esperar lo que esforzarse y dar el golpe de gracia á la espirante dinastía.

En esta virtud, las tendencias más radicales estaban meramente á la expectativa en una especie de disolucion y de inercia, sin propósitos inmediatos, sin planes, sin combinacion de ningún género para lo presente, cuando vino á sorprender á todo el mundo la peripecia de Sedan, imprevista y extraordinaria.

Aconteció entonces en Francia que los partidos políti-

cos se agitaron sin concierto, desordenados, revueltos, casi sin ideas, pero de seguro sin planes; de la misma manera que se agitan y revuelven azorados los hombres á quienes un grito de alarma viene á sacar del letargo en que están sumidos, y que van, vienen y se confunden sin atinar lo que les conviene hacer en el primer momento.

Así se concibe esta quisquosa que se llama República en el nombre y es despotismo en la realidad. Imagínese usted que nuestro buen Amadeo se metiera á batallador y tuviera un éxito parecido al de Bonaparte; que quedáramos otra vez perdidos é inconsolables por la falta de la bienhechora monarquía, y que entonces se estableciera la República inesperadamente, pero quedando en el poder Serrano, Zorrilla, Rivero, etc., etc., y por supuesto, ese pomito de hiel que se llama Sagasta, cada cual con su propósito interior; pero en el momento republicano todos, á su decir, y mientras no hallaran ocasión oportuna de lucir su consecuencia bien probada.

¿Qué me diría Vd. de semejante República?

Pues aplique Vd. poco más ó menos el mismo juicio á la que en Francia existe de nombre.

Thiers, partidario eterno de la dinastía de Orleans, director omnipotente de la política francesa y una Asamblea soberana compuesta de absolutistas, conservadores de varios matices, republicanos que fueron y algunos pocos, los menos, que lo son todavía, vea los resortes que mueven esta máquina descompuesta.

Lo que suele engañar á muchos inocentes es el hecho de que el mayor número de estos hombres políticos se dicen republicanos; verdad que de un género particular y monstruoso, es decir, republicanos por *patriotismo*, por *juicio*, y no por sentimiento ni firme convicción. Yo los llamaría más bien republicanos de conveniencia, agiotistas de la política, merodeadores, que se fingen amigos de la idea para dirigirla y llevarla desaminada al lugar de sus aspiraciones.

Dejando á un lado estos adversarios, aparecen dentro del antiguo partido republicano varias agrupaciones de índole distinta. El grupo gubernamental está

compuesto de los republicanos que se llaman moderados; una especie de fracción cimbría, en el fondo renegada, que tiene la extraña ocurrencia de unirse á los elementos monárquicos para salvar la República.

A fin de arreglar la vida del momento, esta fracción se ha fundido solemnemente en formal reunión con otra que dirigía Mr. Feray, compuesta de orleanistas secuaces de Mr. Thiers, para componer un centro gubernamental entre los monárquicos intransigentes y los intransigentes republicanos; es decir, que han transigido

para mandar de cualquier modo. No parece sino que esta vez siquiera han copiado los franceses á los españoles, si bien es cierto que los picaros se parecen en todas partes.

Solo que cuando un monárquico se declara republicano, por dentro le queda un amor invencible á la monarquía, que lo lleva casi siempre á traiciones irremediables; mientras que, cuando un republicano se dice monárquico, aunque sea internamente, se suele encariñar con la nueva querida, y el amor fresco ó la vergüenza trasnochada hacen que nunca más vuelva á poner los ojos en sus antiguos deberes, lo cual es una fortuna para los republicanos verdaderos y constantes.

La frivolidad es el carácter distintivo

del pueblo francés, y ella lo impulsa á gastar todas sus fuerzas en nimiedades. El conde de Chambord ha creído conveniente ahora publicar un manifiesto en que anuncia la manera cómo ha de dignarse mandar á su querido pueblo. Pues para que el programa sea completo, dice también que la bandera blanca volverá á ser el pendón francés, y en decir esto no ha estado en verdad muy atinado. No se ha discutido mucho el sistema de gobierno que el programa anuncia, pero lo que es el particular de la bandera, ha sido analizado á satisfacción, y la tal bandera registrada en todos sus pliegues y movida de uno á otro lado y hasta arrastrada por los suelos. Los grandes y los pequeños, los políticos de todas dimensiones han tomado cartas en el asunto y se ha escrito mucho y mucho de las banderas blanca y tricolor; de sí aquella fué ó no fué el pendón tradicional de la Francia, y hasta hombre político ha habido que ha dejado de ser



LEON GAMBETTA.

legitimista por la malhadada cuestion de la susodicha bandera.

Por otra parte se agitan cuestiones sobre si Paris será ó dejará de ser la capital de Francia; sobre cuándo se disolverá esta reaccionaria Asamblea, y nadie se entiende ni hace cosa de provecho, como no se entienda por provechoso sistema el inaudito y escandalosamente bárbaro que tienen los de Versalles para matar el sentimiento republicano del país.

Pero este asunto quedará para otra correspondencia.

R. DE CALA.

MISCELÁNEA AGRÍCOLA.

II.

Lo que más necesita el agricultor.—Manera de tener pastos.—Su conservación.—Los gallineros ambulantes.—Las luecas que se levantan.—Persecucion del pijoillo.—Pollos retrasados.—Adormecimiento de las abejas.

El agricultor de grande experiencia y que debe al tinco con que ha dirigido siempre sus labores la desahogada posicion que disfruta y el sobrenombre de tío Fortuna, nos ha dicho infinitas veces que al labrador solo le hace falta una cosa para prosperar: tener constantemente á su disposicion buenos pastos.

Con pastos hay ganados, y con ganados, parece como que su mismo nombre lo expresa, hay ganancias. El que tiene rebaños tiene productos constantes, dinero siempre que lo busca y abundancia de abonos, y con tales auxiliares el cultivo marcha necesariamente bien.

Así razona el tío Fortuna, y nunca ha sido nadie tan exacto como él para practicar lo que dice.

Cuando el año pasado conoció que á consecuencia de la falta de lluvias las yerbas iban á escasear y á tener muy poca altura las cañas de los cereales, hizo segar en verde sus centenos, para que secos constituyesen una parte de las provisiones necesarias al ganado.

En seguida mandó dar una labor á aquellas mismas tierras y esparció en ellas todo el abono de que pudo disponer, sembrándolas inmediatamente de maiz en doble proporcion que si hubiera pensado dejarlo granar.

Llegados los últimos dias de Agosto las mazorcas empezaron á marcarse dentro de la hoja que las envuelve, y entonces nuestro labrador hizo segar los maizales y disponer las gavillas en grandes montones circulares huecos por el centro.

El maiz es uno de los vegetales que contienen más azúcar, y apiladas las plantas verdes al momento fermentan, convirtiéndose en alcohol la parte azucarada, resultando así uno de los forrajes más sanos y nutritivos que se conocen. Segun los cálculos del tío Fortuna, el maiz es tres veces más alimenticio que los mejores heno, y el centeno dos.

El hueco dejado en la parte central de los montones de maiz tenía el objeto de facilitar la salida de los abundantes vapores producidos por la fermentacion y de impedir el incendio que, de faltar ese respiradero, pudiera haberse fácilmente declarado.

El almacenaje de los abundantes pastos reunidos de

la manera que queda explicada por el tío Fortuna, no le cuesta nada caro. De muy antiguo tiene hechos en un terreno bastante compacto grandes silos ó zanjas circulares, cuyo fondo es más estrecho que la boca, y en ellos es donde hace colocar el maiz despues de bien seco. Los encargados de este trabajo tienden á lo largo brazadas de forraje y lo aprietan con los piés, de manera que quede dentro del silo el ménos aire posible.

Como las zanjas están hechas á cielo descubierto, sobre cada una se forma un monton de pasto, que en el centro tiene tres ó cuatro piés de altura y que va descendiendo hasta el borde de la misma zanja, y el todo se cubre con una espesa capa de tierra muy apretada.

El tío Fortuna ha ido sucesiva y oportunamente desocupando sus almacenes, y sus rebaños no han sabido ni un solo dia lo que es escasez, retribuyendo amplisimamente el esmero tenido con ellos.

Y ya que hemos hablado de lo hecho por el tío Fortuna el año último, queramos consignar tambien, aunque sin detenernos, una de sus costumbres de siempre, por ser de las que le producen mejores resultados, y digna en nuestro concepto de que todos los labradores la cozancan é imiten, pues fácilmente podrán hacerlo.

Aficionado á transformar en otros de mayor valor hasta los más pequeños y en apariencia inútiles residuos de su casa, el tío Fortuna tiene un hermoso gallinero.

Seguramente en él no recrean los ojos aves de formas extrañas ó de castas raras, pero ocasiona contento ver acudir á la menor llamada tanta cresta roja, tantos ojos relucientes y alegres, tantas alas lisas y brillantes, tantos cuerpos ágiles, y cuya anchura denuncia un manjar sabroso y abundante.

Las gallinas del tío Fortuna son comunes en verdad, mas cacarean tanto en los ponederos y se ve á tantas de ellas seguidas de grandes bandadas de graciosos polluelos, que hay que convenir en que responden con sus productos á la robustez que su aspecto revela, tan bien ó mejor que lo harian esas aves de razas exóticas y gigantescas, y con exceso celebradas, que invaden ahora todos los corrales.

La primera vez que el tío Fortuna nos enseñó sus gallinas con el orgullo del que enseña algo que lo merece, nos dijo una frase que, por el momento, no habiéndonos atrevido á pedirle explicacion de ella, nos fué incomprendible.

—¿No es verdad, nos dijo, que mis espigadoras son hermosas? Mañana no hubiera Vd. podido verlas aquí, porque salen á trabajar.

Andando el tiempo, hemos sabido lo que estas palabras significaban. No bien termina la siega, el tío Fortuna manda sus gallinas á los campos en gallineros ambulantes, cuya descripcion detallada daremos á nuestros lectores en un artículo próximo, porque de hacerlo en este, ó tendríamos que tratar someramente lo que es digno de estudiarse despacio, ó darle dimensiones excesivas.

Asimismo dejaremos para cuando describamos despacio los gallineros ambulantes pintar todas sus ventajas, tanto para el propietario como para las aves, contentándonos por ahora con indicar las principales que aquel retira, y son: Que no se pierda un solo grano de los que se hayan caido de las espigas, sea que queden descubiertos ó enterrados; que se conviertan en produc-

tos de bastante valor millones de pequeños insectos y semillas, que solo el ojo perspicaz, la voracidad insaciable y la actividad continua de la gallina son capaces de descubrir, y que de no ser destruidos dañarían a las futuras cosechas, y que una parte de esos dañinos enemigos que la gallina extermina quede envuelta en el terreno convertida en un abono de primera clase.

Y ya que de gallinas tratamos, no cesaremos por ahora esta materia sin presentar algunas observaciones, fruto de nuestra propia experiencia, y que nos atrevemos á asegurar serán en mucha parte nuevas.

Durante los grandes calores es muy frecuente que las lluecas abandonen los huevos sobre que están puestas, precisamente cuando ya faltan muy pocos días para que los pollos nazcan; es más, cuando las gallinas hacen esto han llegado á enfleaquecer extraordinariamente, están tristes y muy débiles, y su cresta pálida, casi blanca y arrugada, dice demasiado que el animal ha perdido la salud.

En tales casos lo común es considerar los huevos como perdidos y abandonarlos, despues de adquirir, abriendo tres ó cuatro, la triste certeza de que en cada uno se formaba un pollo, y separar á la gallina enferma de las demás temiendo que las perjudique: ambas cosas son mal hechas.

La causa principal de que las lluecas abandonen los nidales consiste en llenarse estos de piojillo en tan prodigiosa cantidad, que la gallina, materialmente devorada por los insectos, no puede resistir más, y se ve precisada á huir de los inanimados objetos de su solicitud y cariño que esperaba muy pronto ver entreabrírse y dar paso á una prole querida y bulliciosa.

Evitar que el piojillo se desarrolle en la estacion calurosa es casi imposible; lo que sí cabe es combatir su desarrollo.

En el corral las gallinas deben tener siempre algunos montones de ceniza apagada, ó que ya haya servido para hacer legía y se haya luego enjugado. Las gallinas se deleitan revolcándose en la ceniza que las libra del piojillo, y cuando se pone nueva acuden á ella mejor que á la comida, disputándose el ser las primeras en revolcarse.

Las lluecas deben tener á la inmediación del nidal su correspondiente montón de ceniza, y cuando ya llevan algunos días de echadas, si ellas no se revuelcan, que sería muy raro, se las debe impedir que vuelvan á los huevos sin haberse encenizado antes ó despues de comer, beber y ensuciar.

Los nidales serán, si se puede, de hoja de lata, y la paja que los forme larga y gruesa, aunque bien quebrantada; mas sean como quieran deben lavarse previamente con una mezcla de cuatro partes de agua y una de petróleo del más impuro, y entre la paja se mezclará un puñadito de acibar ó alices en polvo, teniendo presente que su amargura, que aleja al piojillo, es estremada, y que debe manejarse con mucha precaucion y limpieza para ahorrarse un verdadero rato de amargura.

Igualmente hay que conservar muy limpios los nidales; si la gallina se ensucia dentro por no levantarse, ó rompe algun huevo, es menester sacar todas las pajas manchadas, pues nada cria tanto piojillo como el excremento ú otra sustancia animal que fermenta con el calor.

Si á pesar de tantas precauciones el piojillo apareciese en el nidal, se echará más acibar en él, restregando tambien con lo mismo á la gallina, y si no obstante tales cuidados se levantase de los huevos, se la enviará al corral, donde se reproducirá rápidamente, y ó sobre los huevos abandonados despues de bien limpios con un paño, y trasladados á un nidal nuevo cuya paja se templatrá un poco, se colocará otra llueca si la hay á mano, ó de haber otras lluecas echadas esos huevos se distribuirán entre ellas poniéndolos una señal cualquiera.

No importa que los huevos hayan estado descubiertos algunas horas y que el tacto los encuentre frios para que, usando los medios que decimos, no se aprovechen casi todos los huevos que se pensó perder.

Lo primero que se forma en el huevo es el sistema sanguíneo; de suerte que aun dista mucho de apercibirse nada de la forma exterior del pollo, y ya el corazón funciona con entera plenitud. Resulta, pues, que la vitalidad aumenta progresivamente en el tiempo que el huevo pasa bajo la llueca, y que cuantos más días lleva de calentado más horas puede permanecer descubierta sin que el gérmen perezca. Nosotros hemos obtenido pollos muy robustos de huevos que al empezar el décimosexto día fueron abandonados y estuvieron sin cubrir treinta horas por lo ménos. Lo que sí sucedió fué que los pollos tardaron en nacer veintifres días en vez de veintinueve, y un retraso análogo experimentan todos los huevos que quedan por largo rato expuestos á la temperatura media de la atmósfera.

Al nacer los pollos retrasados por el abandono, la primera gallina que los cubrió siempre suele estar llueca todavía y bastante repuesta, lo cual se utiliza para ponerla un momento en un nido figurado donde á oscuras se le deslizan los pollos quitados sin tardanza á sus madres adoptivas, y que generalmente acoge y cuida con tanto esmero como si acabasen de nacer bajo ella.

Para variar y que resulte enteramente justificado el título de misceláneas que llevan nuestros artículos, vamos á dar noticia de un nuevo descubrimiento con que se ha enriquecido la agricultura ó cria de las abejas, confiados en que aun será útil en muchas localidades.

Ya hace algunos años que los agricultores extranjeros, con el fin de catar las colmenas sin riesgo, adormecen antes á las abejas. Se ha usado con mucho éxito el nitro. Una cantidad de cuatro á quince gramos (de dos adarmes á media onza), segun el tamaño y poblacion de la colmena, disuelta en veinte veces su peso de agua, la cual se emplea en mojar una mecha, cuyo humo, encendiéndola despues de seca, se introduce en la colmena con auxilio de un aparato especial, soporiza á las abejas el tiempo necesario para recolectar los panales sin peligro.

Pero hoy lo que se aplica á la soporizacion es el cloroformo, del que una pequenísimá porcion, colocada en un platillo que se calienta poco á poco, produce el efecto apetecido con más seguridad que cualquiera otro medio.—NAZARIO DE JOSS.

LEON GAMBETTA.

Una de las figuras más interesantes que se destacan hoy del cuadro de la Francia republicana, es sin duda alguna la de Leon Gambetta.

Jóven aun, y jóven de gran talento, sus actos todos revelan lo elevado de su genio y la energía de su carácter.

Nació en Cahors en 30 de Octubre de 1833; se hizo abogado en 1859, y adquirió en 1863 marcada significación política, ora en los asuntos electorales, ora en defensa de procesos políticos.

Su popularidad data de la defensa que hizo en 1868 de los periódicos denunciados con motivo de los sucesos acaecidos en el cementerio Montmartre el 2 de Diciembre, por proponer y fomentar la suscripción nacional para alzar un monumento en honor de Baudin, y de la defensa que en 1869 hizo de *L'Emancipation* de Toulouse, en que demostró las altas dotes que tiene de tribuno popular, y su amor por la noble causa de la libertad humana.

Candidato irreconciliable en París y en Marsella, electrizó á sus electores con el fuego de su elocuente palabra, nacida de su entusiasmo y de su fé ardiente por la República, y venció á los reaccionarios Carnot, Thiers y Lesseps.

Sus trabajos en el Cuerpo legislativo son muy conocidos. Despreciando los peligros á que se ha visto expuesto, cumpliendo fielmente el mandato de sus electores, haciendo una oposición siempre razonada y siempre enérgica, aparece como orador de primer orden en el Parlamento francés.

Un día, cuando empezaba á sospecharse el crimen nefando de Sedan; cuando empezaba á divulgarse la cobardía de Napoleón, que, desoyendo á Wimpffen, se negó á combatir en medio de su ejército; cuando se empezó á conocer que la salvación de la Francia podía hallarse solamente en la República, Gambetta, valiéndose de su poderoso ascendiente sobre las masas populares, pronunció la sentencia del Imperio dirigiendo su ardiente palabra á los ciudadanos en la plaza pública, como los antiguos tribunos de la Grecia, en uno de sus mejores discursos: el discurso que engendró la tercera República; el discurso que hizo al pueblo francés dueño de sus destinos; el discurso, en fin, que abrió al noble pueblo de París las puertas del Hotel de Ville y del Cuerpo legislativo.

La República se proclamó en el Hotel de Ville el 4 de Setiembre de 1870, y Gambetta se apresuró á decir en una notabilísima proclama que el Gobierno de la República era ante todo un Gobierno de Defensa Nacional, y á llamar á las armas á todos los franceses animados por el espíritu de su sagrada independencia.

Gambetta es tan notable por la valentía de sus pensamientos como por la valentía de sus actos: es tan audaz para concebir como para realizar.

Si habla, si escribe, sus discursos, sus escritos son verdaderos modelos literarios; si ejecuta, sus hechos son actos heroicos.

Buena prueba de ello es su célebre salida de París.

El Gobierno de la Defensa Nacional residía en Tours, y era urgente la reunión de Gambetta, delegado de París, con sus colegas.

Encerradas las tropas de la Defensa Nacional en un círculo de hierro y de fuego, debido al genio malféfico de Moltke, creíase imposible que hombre alguno pudiese traspasar aquel terrible círculo.

Solo á las aves era dado cruzar libremente el espacio

por sobre aquel campo de la muerte, sin temor á las balas de los soldados de la barbarie contra los soldados del progreso.

Célebres son—y eternamente lo dirá la historia—aquellas *palomas mensajeras*, tiernas aves peregrinas portadoras de las comunicaciones oficiales, que fueron durante el sitio los correos de gabinete del Gobierno de la República.

Tal vez Gambetta, al ver cruzar aquellas avecillas por los aires, concibió la idea que muy pronto llegó á obtener una celebridad universal.

Ello es que, desoyendo los tristes augurios de sus amigos, despreciando los mil peligros á que se exponía y afrontando las iras del enemigo y las furias del huracán, Gambetta, que solo oía la imperiosa voz de su deber, se aventuró á lanzarse á los espacios en la débil barquilla de un globo; y, acompañado de las bendiciones de un pueblo entusiasta, víctima de sus tiranos, pudo pasar incólume la triple línea de prusianos, cuyas balas no pudieron llegar al globo, verdadera águila, que, remontando su vuelo, merced á los descubrimientos de la ciencia, puso al sábio político á salvo de los bárbaros del moderno Atila.

Quizá por vez primera un general salvó en un globo el cerco estrecho de una ciudad sitiada.

Quizá por vez primera un gran hombre de Estado emprendió un viaje aéreo para salvar á su nación.

Lo cierto es que este es un rasgo que basta para formar todo un carácter, si bien en la vida anterior de Gambetta hay rasgos mil que forman la fisonomía moral de este distinguido republicano.

En prueba de la energía de su carácter, reseñaremos un episodio de sus primeros años, que no por ser muy conocido debemos omitir en su biografía.

Cursaba Gambetta los primeros años de humanidades en uno de los más afamados colegios, y érale profundamente antipático uno de sus profesores.

Varias veces escribió á su padre para que le sacara del colegio; pero su padre, juzgando aquella obstinación una puerilidad propia de sus años, desoyó sus reclamaciones.

Gambetta, sin embargo, insistió en ellas con más tenacidad; y para obligar á su padre á acceder á su petición, le escribió una carta que terminaba de este modo: «Sé muy bien que no soy del agrado de Mr. X..., como él no lo es del mío; y así, si no me evitais el disgusto de verle el día 30, yo os aseguro que me sacaré el ojo derecho.»

Su anciano padre reputó esta frase como una fanfarronada escolar; pero Gambetta *cumplió su palabra*, y su padre tuvo que apresurarse á sacarle del colegio para que no cumpliera la amenaza de sacarse el otro ojo, y no ver más ni al profesor que causaba su disgusto, ni al autor de sus días que se negaba á complacerle.

Este es un rasgo típico de la voluntad de hierro de Gambetta.

Gambetta tiene el don de comunicar su fuego y su entusiasmo á los ánimos más indiferentes.

Cuando la capitulación de Metz, unida al recuerdo de la traición de Sedan, destruyó las esperanzas de muchos republicanos, Gambetta consiguió solo con una circular á los prefectos y un manifiesto á los franceses, que hasta los más frios en política apelasen á las armas para arro-

jar al extranjero del profanado suelo de la patria.

Y es que Gambetta, dejando la rutina, no escribiendo sus documentos con arreglo á la pauta oficial, ha hablado siempre á su pueblo con ese lenguaje franco que resulta cuando la cabeza discurre á impulsos del corazón, haciendo así que sus compatriotas, desalentados momentos antes, postrados de terror ante el sangriento espectro de su desgracia, se entusiasmen con la magia de su palabra y discurran por la senda que ilumina la luz de su grandilocuencia.

Los documentos publicados por Gambetta en la época á que nos hemos referido contenían el grito de guerra, y eran como el canto de partida de un pueblo que iba á elevarse sobre el pedestal de la victoria ó á hundirse en el abismo de la desgracia.

Hay frases de Gambetta que la Francia debe esculpir para enseñanza de las generaciones venideras.

Gambetta, por su inmensa popularidad, por su gran inteligencia, por sus numerosos servicios, ha sido en el Gobierno de la Defensa Nacional la más firme columna en que ha descansado el edificio de la República francesa.

Pero la adversidad suele ser siempre, para los grandes hombres, inseparable compañera, que mece su cuna y cierra la losa de su sepulcro.

Y la adversidad también ha acompañado á Gambetta en algunos períodos de su vida.

El áspid temible de la calumnia, ya que no pudo herirle con su acerado diente, logró dañarle con su venenosa baba.

Mas ¿qué importan las manchas del sol para que el sol irradie torrentes de luz? ¿Qué importan las manchas de la calumnia en el sol de la honradez, si la honradez disipa por sí sola las sombras creadas por la maledicencia?

Nada son las acusaciones temerarias cuando es imposible justificar las acusaciones.

Y esto ha sucedido con Gambetta.

Pero este ilustre adalid de la República, con la conciencia de sus sacrificios y de su honor sin tacha, debió sentir lacerado su corazón por las emponzoñadas flechas de la calumnia.

Y viendo en lontananza, en los límites del horizonte político, las nubes oscuras de la reacción que empezaron á condensarse allí en Versalles, para arrojar sus rayos vengadores sobre la ciudad santa de la Revolución, profetizó para su patria tristes días de luto y desventura, y fué á llorar sus infortunios allí donde no podían turbar la paz de su alma los ecos desgarradores de una cruenta lucha fratricida.

España fué el asilo donde esperó Gambetta días más felices para su desgraciada nación.

Retirado primero á las provincias Vascongadas, y admirando allí ese régimen casi republicano que demuestra que siempre nuestro pueblo ha tendido instintivamente á la federación; y viniendo luego á Madrid, donde solo tras el muro de su modestia pudo esconderse á las manifestaciones populares, Gambetta, siguiendo paso á paso la marcha de ese pueblo errante al través del desierto de la fatalidad, estudió las costumbres y los usos del nuestro, y no volvió á pisar el territorio sagrado de su patria hasta que los desencadenados vientos de la tiranía de Versalles dispararon el humo de los incendios de París.

Francia, recordando que ni una mancha de sangre emborronó las páginas de la dictadura de Gambetta, ansiaba su regreso.

Y Burdeos tuvo la suerte en el pasado mes de Junio, antes que las demás ciudades sus hermanas, de oír la palabra inspirada del gran tribuno, juzgando severamente los actos todos de los hombres funestos de Versalles en un discurso que ha impresionado á Europa y que ha sido traducido á muchos idiomas, y recibido como la buena nueva que anuncia la redención de un pueblo generoso, por cuantos sienten latir su corazón á impulsos del sentimiento intenso que inspiran los infortunios del pueblo francés.

París, siempre entusiasta, siempre noble, acaba de nombrar diputado á Gambetta en las elecciones complementarias.

Y París espera que Gambetta, nuevo Catón defensor de los vencidos, ha de ser en la Asamblea, respecto á la heroica *Commune*, la voz que simbolice las justas aspiraciones socialistas de la moderna Francia.

Nuevos actos políticos de inmensa trascendencia son de esperar de este abogado célebre, de este ilustre tribuno, de este escritor profundo, de este gran hombre de Estado.

Hombres como Gambetta viven eternamente en la historia de los pueblos.

Hombres como Gambetta solo los produce la República.

JOSÉ GENARO MONTE

CIUDAD DE CANTON (CHINA)



Descoscos de dar á conocer á nuestros abonados las ciudades más importantes del globo, damos hoy la vista de Canton, una de las tres principales ciudades del imperio chino, y el depósito mercantil más grandioso del Asia después de Calcuta.

El comercio extranjero de Canton se hace por medio de una corporación privilegiada de comerciantes, *hong*, que los europeos llaman *hanistas*, en número de catortec.

El puerto, cuyas importaciones se calculan en más de mil y seiscientos millones de reales, está formado por el *Tchu-Kiang*, llamado por los europeos *Dogo* ó *Bocca-Tigris*, y es accesible á embarcaciones de mil toneladas, si bien los buques extranjeros suelen anclar á 25 kilómetros más abajo de Canton, en la isla de *Whampoa*, llamada *Whampoa* por los ingleses, verificando la carga y descarga por medio de los buques chinos.

Dejando á la derecha las *factorías* y detrás el río, se observa al entrar en la ciudad la actividad y la industria: sus calles, aunque estrechas y tortuosas, son largas y aseadas: las casas, en su mayoría de madera, tienen una galería cubierta en el primer piso: el techo, que por delante forma vuelo y sus adornos singulares y brillantes colores, le dan un aspecto tan original como nuevo.

Cada gremio ocupa un barrio, y las tiendas son iguales y más brillantes cuanto más cerca de las *factorías*. Los almacenes de esta parte de la ciudad tienen un aspecto europeo: las dos calles conocidas con nombres ingleses, *New-China* y *China-Street*, presentan almace-

nes dignos de París y Londres. Los pasajes, empedrados de baldosas limpias y cubiertos con toldos, tienen casitas muy pintadas, con el nombre del comerciante en letras de oro.

Las calles están orilladas por almacenes muy ascensos y alineadas las mercancías en tablas y casillas, y la trastienda que sirve de cenador. Los mandarines y *hamitas* viven en casas grandes de piedra, de un solo piso. Para completar nuestro propósito damos también en este número el arco y plaza del Triunfo, uno de los monumentos más bellos de la ciudad de Canton, cuya población se calcula en más de 800.000 almas.

LA CANTINERA REPUBLICANA.

ESCENAS DE LA CAMPAÑA DE 1793.

POR

ERCKMANN-CHATRIAN.

(Continuación.)

Me quité los zapatos y comencé á trepar como una ardilla por la escalera del fondo del pasillo, siguiéndome el capitán. Cuando llegamos arriba vió la escala del palomar y subió delante de mí. Una vez en el palomar, apoyó los codos en una claraboya baja, inclinándose para ver. Yo miraba por encima de su hombro. Todo el camino estaba cubierto de gente, caballería, infantería, cañones, cajas, capas rojas, pellizas verdes, levitas blancas, cascos, corazas, filas de lanzas y de bayonetas, líneas de caballos y todo avanzando hacia el pueblo.

¡Es un ejército! murmuraba el capitán.

Volvióse bruscamente el capitán para bajar, pero, ocurriéndole una idea, se detuvo para mostrarme más allá del pueblo, á dos tiros de fusil, una fila de capas rojas que se iba ocultando detrás de un repliegue del terreno más allá de las huertas.

—¿Ves aquellas capas rojas? me dijo.

—Sí.

—¿Pasa por allí alguna carretera?

—No, es un sendero.

—¿Y es profundo aquel barranco que le corta enfrente de nosotros?

—Oh, sí.

—¿Pasan por allí carros?

—No, no es posible.

Y sin preguntarme más, bajó de espalda la escala con toda la velocidad posible y corrió á la escalera. Seguíle y pronto estuvimos abajo; pero no habíamos llegado aun al extremo del pasillo, cuando hizo temblar las casas la aproximación de un cuerpo de caballería. A pesar de esto, salió el capitán, atravesó la plaza, separó dos soldados y penetró en el cuadro.

Millares de gritos breves y extraños, parecidos á los de una bandada de cuervos, ¡hurra! ¡hurra! resonaban de un extremo á otro de la calle y casi cubrían el estrépito del galope.

Orgullosos con haber guiado al capitán al palomar, tuve la imprudencia de asomarme á la puerta. Los hulanos, porque esta vez eran hulanos, llegaban como el viento, lanza en ristre, el dorman de piel de carnero

flotando sobre la espalda, las enormes gorras de pelo metidas hasta las orejas, las cejas arqueadas, la nariz como sepultada en el bigote y la pistola de combate, con culata de cobre, en la cintura. Aquello fué una visión. Apenas tuve tiempo para echarme á la espalda; no tenía gota de sangre en las venas, y solamente cuando estallaron las descargas desperté como de un sueño, en el fondo de la sala, delante de la rota ventana.

El aire estaba oscurecido; la vidriera blanca por el humo. Solamente veía al comandante inmóvil sobre su caballo, cerca de la fuente; parecía una estatua de bronce en medio de aquellas nubes azuladas, de las que brotaban centenares de rojos relámpagos. Los hulanos, cual inmensas langostas, saltaban en derredor, adelantaban y retiraban la lanza; otros disparaban las pistolas á cuatro pasos de las filas.

Parecíame que cedía el cuadro, y así era en efecto.

—¡Estrechad filas! ¡fírmes! gritaba el comandante con tranquila voz.

—¡Estrechad filas! ¡estrechad! repetían los oficiales de trecho en trecho.

Pero el cuadro cedía, formando semicírculo el centro de las filas que casi tocaban la fuente. A cada lanzazo acudía la parada de bayoneta pronta como el relámpago, pero algunas veces caía el hombre. Los republicanos no tenían tiempo para cargar; no tiraban, y los hulanos acudían sin cesar, más numerosos, más atrevidos, envolviendo el cuadro como un torbellino y lanzando ya gritos de triunfo, porque se creían victoriosos.

También creía yo perdidos á los republicanos, cuando en lo más recio del combate, el comandante, levantando el sombrero en la punta del sable, entonó una canción que helaba los huesos, y el batallón, con un solo hombre, empezó á cantar con él.

En un segundo se alineó el frente del cuadro rechazando á la calle toda aquella masa de ginetes, atropellándose unos á otros y levantando las lanzas, que parecían un campo de espigas.

Aquella canción enfurecía sin duda á los republicanos; ¡es lo más terrible que he visto en mi vida! Y después he pensado muchas veces que los hombres encarnizados en las batallas son más feroces que las mismas fieras.

Pero lo más espantoso era que las últimas filas de la columna austríaca, en el extremo de la calle, no viendo lo que ocurría en la plaza, continuaban avanzando y gritaban: ¡Hurra! ¡Hurra! De modo que las primeras filas, rechazadas por las bayonetas de los republicanos y no pudiendo retroceder, se agitaban en extremada confusión lanzando desesperados gritos; los caballos, heridos en la nariz, se encabritaban con la crin erizada, los ojos fuera de la cabeza, lanzando relinchos y espantosas coces. De lejos veía á aquellos desgraciados hulanos, locos de terror, volverse, golpear á sus compañeros con el asta de las lanchas para abrirse paso y correr como liebres á lo largo de las calles.

(Se continuará.)

REVISTA GENERAL.

En los días transcurridos desde nuestra última revista, hemos atravesado una nueva crisis; la crisis número 999.

¡Oh! y esta vez sí que ha sido verdad; apelamos al testimonio del general Serrano, que en una comunicacion dirigida al presidente de las Cortés, declaró que el ministerio que tenia, es decir, que tuvo la honra de presidir, se hallaba en crisis.

Hagamos historia.

Después de las célebres discusiones sobre los expedientes de tabacos, el ministerio estuvo reunido en Consejo, y no pudiendo hermanar las dos diferentes tendencias, la radical y la conservadora, que luchaban en el gabinete, decidieron presentar sus dimisiones.

El general Serrano se dirigió á palacio y pidió á don Amadeo hora para celebrar Consejo bajo su presidencia: en este nuevo Consejo D. Amadeo insistió en la necesidad de que todos los ministros continuaran en sus puestos, siguiendo la conciliacion.

Los Sres. Ruiz Zorrilla y Martos declararon que ni podía ni debía continuar la conciliacion.

Sagasta, con una entereza singular, al decir de *La Correspondencia*, abogó por la conciliacion, ó lo que es lo mismo, por la inamovilidad de su poltrona.

D. Amadeo entonces confió la formacion de un nuevo gabinete al general Serrano: el duque de la Torre, recordando sin duda que *hombre preterido vale por dos*, le entregó un programa que á prevención llevaba escrito, pidiéndole lo leyera, reflexionara sobre él y decidiera luego. Juzguen nuestros lectores qué tal seria el programa!

Una hora después, el general Rosell, ayudante de don Amadeo, notificaba al general Serrano que su programa estaba aceptado y que se ocupara en formar el gabinete.

Entonces el duque de la Torre se encaminó á los jardines del Buen Retiro, conferenció con Sagasta, y en las primeras horas del domingo los periódicos de la mañana publicaron la lista del nuevo ministerio, compuesto de Serrano, presidencia y Guerra; Sagasta, Gobernacion; Topete, Estado; Malcampo, Marina; Fomento, Cauda; Hacienda, Aróstegui; Ulloa, Gracia y Justicia, y Ayala, Ultramar.

No tardaron en surgir nuevas dificultades; por un lado la resuelta actitud de la *Tertulia progresista*, que después de una acalorada discusion envió á felicitar á Ruiz Zorrilla, mientras olvidaba á Sagasta, á quien muchos hombres de su partido dirigian severos cargos; por otro, la negativa del Sr. Cauda á formar parte del ministerio conservador, y la sustitucion del Sr. Aróstegui en Hacienda por el diputado unionista Sr. Camacho, y por último, la retirada del Sr. Sagasta ante la franca actitud de los progresistas, hicieron fracasar la nueva combinacion.

El duque de la Torre se presentó en palacio á declinar la honra de formar un gabinete de conciliacion, ofreciéndose sin embargo á D. Amadeo para presidir un gabinete *homogéneo*. Recordamos que en la célebre sesion del 7 de Julio declaró el general Serrano que antes rompería su espada que presidir un gabinete que no fuera de conciliacion, y con efecto, no cumplió lo prome-

tido: verdad es que no ha sido esta la primera, y es probable que tampoco sea la última vez.

D. Amadeo, después de conferenciar con los presidentes de ambas Cámaras, ordenó que los ministros dimisionarios continuaran en sus puestos, y poco después encargó la formacion de un nuevo gabinete al Sr. Ruiz Zorrilla, después de conocer el programa de este ministro radical; á su salida de palacio conferenció Ruiz Zorrilla con Rivero y Martos, y poco después, y de acuerdo con ellos, tenia formado su ministerio, compuesto exclusivamente de radicales:

Ruiz Zorrilla, presidencia y Gobernacion; Córdova, Guerra é interino de Estado; Montero Rios, Gracia y Justicia; Ruiz Gomez, Hacienda; Beranger, Marina; Madrazo, Fomento, y Mosquera, Ultramar.

DATOS HISTÓRICOS PARA ESCRIBIR LA HISTORIA CONSTITUCIONAL DE D. AMADEO DE SABOYA.

Programa ULTRA-CONSERVADOR
presentado por el general Serrano y aceptado por D. Amadeo.

Negociar con la corte de Roma hasta que venga á Madrid un Nuncio.

Declarar fuera de la ley á *La Internacional* y sus adeptos, y á aquellas sociedades que puedan afectar al orden y á la sociedad.

Suspender toda reforma política en Ultramar, hasta el triunfo completo de España sobre los rebeldes de Cuba.

Programa RADICAL de Ruiz Zorrilla, aceptado dos días después por D. Amadeo.

Mantener el orden público sin debilidad, pero sin salir del estricto cumplimiento de las leyes.

Presentar á las Cortés las reformas económicas administrativas y las de Gracia y Justicia, empezando por el Jurado.

Nivelar completamente los presupuestos, y seguir en la cuestion de Cuba la proposicion últimamente votada por las Cortés hace unos quince días.

Por nuestra parte no añadiremos una palabra más.

Con este programa se ha presentado ante las Cortés el Sr. Ruiz Zorrilla, mereciendo una benévola acogida.

Los Sres. Serrano y Sagasta dieron explicaciones sobre la crisis, y no terminaremos sin fijar la atencion de nuestros lectores sobre las graves palabras del Sr. Topete. Este marino, que, segun una gráfica expresion, aun no ha encontrado mar en que arrojar el ancla, se levantó á declarar que estaria alerta con el nuevo gabinete por si peligraba la libertad, porque entre Ruiz Zorrilla y Sagasta está por este, y entre Beranger y Malcampo opta por el último.

Ciertamente: con Sagasta no peligraba la libertad; y es natural, cómo habia de peligrar si no existia! Cree el Sr. Topete que los rusos pueden perder su libertad? Pues nosotros no lo creemos desde el momento en que repasamos su historia y los vemos convertidos en miserables siervos.

Las dimisiones menudean, y bien puede decirse que los militares las presentan en masa. Desengáñese el señor Ruiz Zorrilla: aquí es preciso el radicalismo en todo; licencie la mayoría del ejército; proceda al armamento nacional; dé una amplia amnistia; levante la arbitraria

suspension que hoy pesa sobre varias diputaciones y ayuntamientos y decreta la independencia de la Iglesia y el Estado para que sean una verdad las economías, y nada tema.

Pero ¿qué estamos diciendo?... Sin pensar habíamos llegado hasta el entusiasmo. Olvidamos que nos dirigíamos a progresistas.

En la noche del lunes asistimos al *Ateneo Militar* y unos nuestros aplausos a los del público, al ver el espíritu verdaderamente reformista y democrático que allí domina.

El Sr. Vidart pronunció una elocuente improvisación acerca del reemplazo del ejército, que fué muy aplaudida por la concurrencia, compuesta de militares en su mayoría.

Las ideas del Sr. Vidart, verdaderamente revolucionarias, sus elevadas consideraciones y la severa crítica que hizo de ciertos libros y de ciertos generales, le valieron grandes muestras de aprobación.

Sostuvo que el soldado voluntario es superior al quinto, cuya dignidad de hombre no se reconoce; abogó por el armamento nacional; demostró que el ejército permanente ha sido insuficiente, así en las guerras civiles como internacionales, declarando que el ejército se halla en decadencia y necesita subsistir con lo que tiene, dando mayor instrucción al soldado y al oficial, y aboliendo antiguos privilegios e inveterados abusos, y terminó diciendo que el egoísmo de la clase media ha producido las justas protestas de *La Internacional*: felicitamos a tan distinguido oficial por su brillantísimo discurso.

Siempre los mismos.

Leemos en *El Courrier de la Rochelle*: «Una historia escandalosa circula por la ciudad. Se persigue a un sacerdote, hermano de la cofradía *La doctrina cristiana*, por haber atentado al pudor de algunas niñas de ménos de trece años.»

En Nîmes y Aviñon ha habido manifestaciones en sentido realista: la autoridad tomó sus precauciones para evitar un conflicto entre legitimistas y republicanos.

La cuestión de Niza y Saboya amenaza graves complicaciones; el día 17 hubo una sangrienta lucha, en que resultaron varios heridos por ambas partes.

Se espera la traslación de la Asamblea de París para el mes de Octubre. En las elecciones municipales verificadas últimamente, treinta y cuatro republicanos han obtenido mayoría, contándose cuarenta y ocho empates, la mayor parte entre un radical y un republicano moderado.

En Inglaterra, lord Granville en la alta Cámara, y mister Gladstone en la de los Comunes, han dado lectura a un real decreto suprimiendo el permiso de comprar y vender grados en el ejército.

Los *torys* se muestran indignados y la prensa está dividida. Esta medida es un terrible golpe a la aristocracia inglesa. Gladstone ha demostrado que el decreto está dentro de la Constitución, y se cree que cuenta con mayoría en ambas Cámaras.

Es inminente la crisis en Italia; Mr. Lanza quiere abandonar el poder: los ministros no están en Roma ni en Florencia; viajan constantemente; Víctor Manuel ha salido de Roma muy disgustado y los ministros de Austria e Inglaterra se muestran poco satisfechos: a pesar de todo, se cree que Víctor Manuel no llegará a abdicar.

Se agita en Bélgica y Holanda la idea de una fusión de ambos pueblos bajo la forma republicana: Bélgica aportaría su floreciente industria, y Holanda sus colonias y su magnífico comercio.

Cierto que tan grande idea tiene sus dificultades, pero la verdad es que el número de sus partidarios es inmensamente superior al de sus enemigos.

Mr. Brunner, abogado y ex-presidente del gran Consejo de Berna, ha sido nombrado presidente del Consejo nacional de Suiza. Uno de los primeros actos de la Asamblea federal ha sido ocuparse de la época en que se discutió la revisión de la Constitución.

El célebre doctor Rochat, del canton Vaud, se dispone a fundar en Suiza una sociedad, a imitación de otra que existe en Inglaterra, con el objeto de fomentar el progreso de las ciencias sociales.

La Nación de Portugal increpa a la *Gaceta del Pueblo* por haber denunciado un ágio escandaloso preparado en el convento de Sa, en Aveiro, por algunas *almas pías*.

El *Diario Mercantil* combate duramente a los miguelistas. Las noticias de Macao son graves: se teme una insurrección y es grande la agitación de las tropas y el pueblo.

El *Morning Herald* de New-York ataca a los irlandeses por haber hecho correr la sangre en la procesion de los orangistas por una cuestion política tenida con sus antepasados en Irlanda hace más de doscientos años.

La reeleccion de Juarez es segura, y su triunfo uno de los mejores; en Méjico fué votado casi unánimemente, y obtuvo inmensa mayoría en Querétaro, Pachuca, Jalisco y Orizaba, y en Guanajuato, Puebla y Veracruz por mitad con Diaz; Lerdo ha sido derrotado y presos Palacios y Cosío Pórtolos. Los rebeldes de Tampico imploran perdon, y no hay temor de revolucion ninguna; el país está tranquilo y la explotación de minas en aumento.

El Congreso se reunirá el 25 del presente. La legación española fué muy bien recibida en la capital.

Llamamos la atención de nuestros lectores hacia las *Cartas de París*, escritas expresamente para *La Ilustración* desde aquella capital por nuestro querido amigo y colaborador Ramon Cala; no será este el último sacrificio que haga esta empresa en favor de sus abonados.

E. RODRIGUEZ SOLÍS.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑIA.

Madrid: 1871.—Imp. de R. LABajos, calle de la Cabeza, 27.